

Con líder y con programa: Partidos populistas y partidos programáticos en América Latina

Flavia Freidenberg,* María Esperanza Casullo**

91



Resumen

Este artículo pretende cuestionar la idea de que el populismo puede desestabilizar los partidos políticos programáticos o el sistema de partidos. Para lograr este fin, a lo largo de este escrito se estudia el tipo de interacción entre los partidos populistas y los programáticos, determinado que en ellos existe: primero, una relación de tipo ordinal y no esencial; segundo, una relación de suma cero, al tener intenciones de maximizar beneficios, ganar votos o adaptarse a las condiciones; y tercero, tres diferencias importantes. Finalmente, provee una definición de partido populista.

Palabras claves: partidos populistas, partidos pragmáticos, transición, institucionalización.

Abstract

This article aims to question the idea of populism as the cause of instability in the programmatic parties or in the system of parties. To accomplish this objective along this essay, the interaction between programmatic and populist parties is studied to determine that: first, they present an ordinal rather than an essential relation; second, a zero sum relation is involved, as the parties attempt to maximize their benefits, gain votes or adapt to the conditions; and third, they present three main differences. To conclude, the article provides a definition of a Populist Party.

Keywords: populist parties, pragmatic parties, transition, institutionalization.

* Instituto de Investigaciones Jurídicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México. flavia@unam.mx

** Universidad Nacional de Río Negro, Argentina. mecasullo@gmail.com

I. Introducción: los partidos populistas pueden convivir con los partidos programáticos

Un lugar común de la literatura comparada sobre partidos políticos suele sostener que el populismo es antitético a un sistema democrático estable, ya que el populismo se basa en el dominio personalista, la autoridad carismática y la relación directa entre el líder y las bases sin intermediarios, mientras que una democracia que funcione bien debería basarse en partidos programáticos sólidos e institucionalizados (es decir, en identidades comunes basadas en una historia e ideología común) (Weyland 2013; Kitschelt, Luna, Kitschelt et al 2010). En esta línea, resulta común sostener además que los líderes populistas compiten por los votos sobre la base de apelaciones emocionales (Kitschelt et al. 2010: 3) mientras que los partidos políticos deberían competir presentando propuestas programáticas que articulan políticas públicas universales.

El problema de la ausencia de partidos programáticos y el exceso de populismo ha sido considerado muchas veces como una patología política que prevalece en las partes semiperiféricas del globo (Habermas 1989: 370), especialmente, pero no solo, en América Latina. Es usual sostener que mientras el enamoramiento con los partidos populistas no desaparezca en la región, será imposible fortalecer partidos programáticos. En este artículo, sin embargo, se evidencia que la relación entre populismo y partidos no necesariamente sigue el patrón de una suma cero y que los líderes populistas realizan rutinariamente una importante inversión de tiempo y esfuerzo en crear partidos políticos con un componente programático y mediana institucionalización.

El objetivo de este artículo es responder a la pregunta de si el populismo es una amenaza para la estabilidad de los sistemas de partidos de América Latina (Zanatta 2008) o constituye una tradición política que puede coexistir con la estabilidad democrática (De La Torre 2004). El argumento que se defiende aquí es que el populismo puede, de hecho, coexistir con sistemas de partidos donde predominan organizaciones programáticas estables y que él mismo puede producir organizaciones estables. Si se asume que los partidos y líderes populistas compiten y coexisten diariamente con los partidos programáticos, ¿cómo se puede describir y teorizar esta interacción? La respuesta principal a este interrogante es que los partidos populistas y programáticos coexisten en una relación ordinal entre sí, de modo que la diferencia entre los dos es en gran medida una cuestión de grado y no de “naturaleza” o “esencia”.

La estructura de este artículo es la siguiente. En una primera parte, se revisa el consenso existente que sostiene que los movimientos con liderazgos de tipo populista son antitéticos a la existencia de partidos organizados. Esta sección comienza con una breve genealogía de esta dicotomía que la remite a dos escuelas de extraordinaria influencia en el estudio de los populismos latinoamericanos en el siglo veinte: la teoría de la modernización política y la teoría de la dependencia. Luego, se analizan dos de las principales posturas teóricas que



fueron desarrolladas justamente como parte de una crítica conceptual más reciente a la teoría de la modernización y de la dependencia: se trata de la teoría discursiva del populismo (basada en la obra de Ernesto Laclau) y la teoría del populismo como estrategia (basada en las investigaciones de Kurt Weyland). Se muestra que, a pesar de todo, en ambos casos se sigue sosteniendo la tesis de que populismo y partidos existen en una relación de suma cero, y que quien elige una estrategia populista no intentará una construcción partidaria, y viceversa. Luego se evidencia que estos supuestos son falsos, ya que los líderes populistas latinoamericanos invierten recursos políticos en la construcción de organizaciones partidarias. Finalmente, se propone el concepto de “partido populista” como una entidad con existencia propia, que vale la pena desarrollar como una categoría conceptual. Se presentan para esto tres diferencias principales entre los partidos programáticos y los partidos populistas.

II. Partidos y populismo en América Latina

La distinción normativo-teórica entre personalismo populista y énfasis programático se discute a menudo en relación con una compleja narración histórica sobre modernización y globalización: se dice que el populismo es la norma en aquellas áreas del mundo que aún no han completado la transición que lleva de formas premodernas de organización política a otras de carácter eminentemente racional. Con el tiempo, se suele sostener, todos los países deberían converger hacia una democracia con partidos estables y fuertes (Ward y Rustow, 1964; Kitschelt et al. 2010). En la década de 1980, y con la expansión democrática de la llamada “Tercera Ola”, la modernización política de los países de las áreas periféricas del mundo pareció encaminarse otra vez. Comenzando con la exitosa expulsión del gobierno autoritario de España en 1974 (Linz 1989), países tan diversos como Argentina, Uruguay, Brasil, Chile, Ecuador, Bolivia y toda la Europa oriental poscomunista y muchos otros, instauraron elecciones y sistemas de partidos cada vez más competitivos y multipartidistas (al menos por unas décadas).

En general, todos estos países han sido notablemente estables en su adhesión a las elecciones limpias y libres. Era esperable, entonces, que a medida que se consolidaran estas jóvenes democracias, la recurrencia del populismo disminuyera tanto en frecuencia como en intensidad. Sin embargo, el esperado debilitamiento del populismo en las áreas semiperiféricas del mundo que se suponía tendría lugar a medida que más y más países adoptaban el capitalismo y la democracia no ha sucedido, y es dudoso que suceda. Por el contrario, parece que en estas nuevas democracias coexisten los partidos populistas y programáticos (Cavarozzi y Casullo 2002) y que el populismo es una de las formas “normales” en que se lleva a cabo la competencia política y, lo que es más interesante, la representación política.

El primer factor que obliga a repensar la distinción normativa tajante entre populismo y política programática es el hecho de que la rutinización de la competencia electoral no



ha hecho desaparecer los liderazgos populistas en los países de América Latina y otras áreas semi periféricas. El segundo factor que debe llevar a la reevaluación de esta dicotomía es el éxito del populismo político en los países que han sido considerados como centrales. En este momento, se vive una verdadera oleada de populismo en Europa oriental y occidental, así como, en los Estados Unidos (EE.UU.). La importancia política de Silvio Berlusconi, Marine Le Pen, Nikolaos Michaloliakos, Pablo Iglesias, Nigel Farage, Donald Trump y el éxito de los partidos populistas de derecha en Austria y los Países Bajos cuestionan la supuesta inmunidad de los sistemas democráticos avanzados a la tentación populista (Mudde 2007; Freidenberg 2007; Heinisch, Holtz-Bacha y Mazzoleni 2017).

En este nuevo contexto, resulta natural que la ciencia política comparada se haya vuelto a interesar en el populismo (Moffitt 2016). Por ejemplo, algunos autores sostienen que el populismo es una reacción a la crisis de los partidos institucionalizados, lo que da paso a formas alternativas de representación y partidos (Roberts 1999; Weyland *et al.* 2010). Otros van más allá de esta noción e impulsan el reconocimiento de que el populismo no es un impulso antitético a la democracia sino un subproducto de la democracia misma que coexiste y compite con otros modos de identificación política en cualquier sistema democrático (Canovan 1999; Panizza 2005).

¿Cómo puede ser posible entonces que la consolidación democrática no haya eliminado al populismo de una vez y para siempre? ¿Cómo es posible que existan partidos populistas sin liderazgos personalistas (Gherghina, Miscoiu y Soare 2017) o líderes personalistas que se esfuerzan en construir partidos políticos? La respuesta tal vez sea que programa y liderazgo pueden coincidir y no son excluyentes entre sí.

En este artículo se sostiene que el hecho de que un partido sea “más populista” o “más programático” depende de las elecciones estratégicas y del estilo de liderazgo que se ejerza desde la organización política y los partidos pueden fluctuar entre esos dos polos en diferentes épocas históricas o coyunturas críticas. En ese sentido, este texto también trata de evidenciar que los movimientos populistas suelen evolucionar rutinariamente en partidos populistas en América Latina y que, además, estos partidos son tan resilientes y efectivos en ganar elecciones y gobernar como cualquier otro tipo de organización partidaria. Algunas veces logran realizar estas tareas y algunas veces fallan, pero no parecen estar a priori condenados a hacer una cosa o la otra, como suelen hacer querer pensar algunos analistas y sectores académicos, por el hecho de ser definidos como populistas.

III. Populismo y programa en la modernización política latinoamericana

La primera explicación sobre el surgimiento de movimientos y gobiernos populistas en el siglo XX enfatizó el grado de modernización de la sociedad (Lipset 1960; Germani



1968; Cardoso y Faletto 1976; Hurtado 1977; Di Tella 1965; Baykan 2016). En este enfoque seminal, apodado “teoría de la modernización”, el populismo fue explicado como una respuesta a los problemas creados por una moderada o incompleta modernización y, por lo tanto, se lo considera una transición “anormal” de la política tradicional a la moderna en los países subdesarrollados.

La mayoría de los estudiosos del populismo de mediados del siglo veinte lo consideraban como una conducta política “desviada” que tendría que ser reemplazada necesariamente en el curso de la evolución histórica “normal” hacia una forma más moderna e ideológica del modo de hacer política. Los EE. UU., y especialmente Europa, fueron considerados los modelos de sociedad a imitar, en los que se había dado un moderado desarrollo institucional democrático (Lerner 1958). En Europa, el proceso de modernización política supuestamente involucró lo que Germani llamó “el modelo de integración” (Germani 1963: 421, traducción de las autoras) en el cual las clases trabajadoras fueron incorporadas al sistema político a través de un proceso caracterizado por el respeto generalizado hacia las normas y las instituciones políticas. En Europa, la inclusión política se realizó paso a paso a través de la participación en partidos liberales o de la clase trabajadora. Todo el proceso ayudó a consolidar, en lugar de socavar, la democracia representativa.

América Latina siguió un camino diferente que condujo a formas de acción política “desintegradas”, de las cuales el populismo era el tipo principal. En el siglo XX, las nuevas clases de trabajadores comenzaron a demandar la incorporación democrática en América Latina. Debido a que los instrumentos políticos apropiados para tal incorporación (los partidos liberales o de la clase obrera que habían funcionado en Europa y los EE. UU.) eran escasos o inexistentes, las “masas disponibles” fueron reclutadas y manipuladas por grupos dentro de la élite o líderes personalistas que podrían aspirar al poder. Según ellos, los trabajadores que se trasladaron del campo a la ciudad al calor de la industrialización estado-céntrica, súbitamente desafiliados de sus estructuras políticas, culturales e incluso religiosas, y cuyas demandas tampoco estaban reflejadas por los partidos burgueses existentes, se convirtieron en “masas disponibles” para la movilización por parte de demagogos carismáticos. Según estos análisis, los líderes populistas del estilo de Juan Domingo Perón, Getulio Vargas o Kemal Atatürk llegaron al poder por las olas del activismo popular pero no estaban interesados en el avance de la democracia ni buscaban institucionalizar partidos programáticos (Lipset 1960). Ese súbito descarrilamiento de la modernización política por el atractivo personalista y autoritario de estos demagogos sería el factor que impidió la consolidación de sistemas de partidos programáticos en esos países.

La narrativa dominante que identificaba el populismo con la demagogia y el atraso antidemocrático fue criticada por otros estudios tempranamente. Las teorías de la modernización (tanto de la izquierda como de la derecha) simplemente no dejaban espacio





para la comprensión de los contextos políticos y económicos dentro de los cuales ocurría tal movilización o para comprender los factores contingentes que fueron cruciales en cada caso particular. Los matices evidentemente elitistas e incluso reaccionarios al equiparar los sectores populares con “masas irracionales” indiferenciadas se convirtieron en la base para criticar esta visión del populismo (Altamirano 2001). En la década de 1960, se introdujo una explicación alternativa de los orígenes del populismo en el contexto del surgimiento de la “teoría de la dependencia” (O’Donnell 1972; Ianni 1975; Cardoso y Faletto 1976). Aunque la “teoría de la dependencia” compartió con la “teoría de la modernización” precedente, la identificación del populismo como una fase histórica particular, se separó de ésta en que no consideró el subdesarrollo en términos teleológicos, sino que la entendió como un subproducto históricamente necesario de las relaciones de dependencia que conectan el centro (las naciones industrializadas) con la periferia (América Latina). El progreso lineal era imposible y la modernización real requeriría el cambio sistémico de las relaciones globales de poder.

La “teoría de la dependencia” explicó la adopción de políticas de sustitución de importaciones como un efecto de las condiciones favorables provocadas por la Gran Depresión y la Segunda Guerra Mundial. La implosión de las redes comerciales globales permitió mayores niveles de autarquía económica a medida que los países latinoamericanos se vieron obligados a recurrir a sus mercados internos para el crecimiento económico. Las industrias de sustitución de importaciones florecieron, creando una nueva élite económica y una clase trabajadora, en lo que Ianni (1975) ha llamado “una sociedad de clases”. Los rápidos cambios sociales causaron la repentina desestabilización de los sistemas de gobierno oligárquicos que estaban íntimamente conectados con el viejo orden capitalista basado en la exportación de mercancías. A su vez, este desarrollo interrumpió las estructuras sociales y políticas preexistentes y dio paso a la movilización activa de grupos que antes eran pasivos.

La movilización de estos grupos se convirtió en un elemento constitutivo de la formación del Estado en América Latina en la primera mitad del siglo XX. Los líderes populistas se levantaron en respuesta a las demandas de las clases recientemente movilizadas. En la nueva democracia de masas, los nuevos gobiernos populistas buscaron lógicamente fortalecer la mano de las clases trabajadoras mediante la creación de un nuevo modelo de desarrollo basado en la industrialización orientada al mercado interno, la nacionalización de los recursos y el mayor intervencionismo económico estatal. Este período de relativa autonomía económica permitió una política redistributiva que canalizó los recursos hacia los sectores populares con la esperanza de que la intervención estatal actuara como un mecanismo efectivo para su inclusión social y política. Se pensó que la redistribución económica apuntalaría la demanda interna, lo que, a su vez, estimularía la inversión económica. Todo el proyecto fue planeado como una alianza interclase entre los trabajadores, las clases

medias y las burguesías industriales recién formadas contra las facciones dominantes de los regímenes oligárquicos previos.

La complementariedad, sin embargo, estaba lejos de ser natural. Tres suposiciones clave se revelaron falsas: se suponía que la burguesía debía conservar el control económico, se esperaba que las clases populares se subordinaran voluntariamente, y se suponía que el Estado debía controlar todas las decisiones. Estas premisas siempre fueron dudosas, por decir lo menos. (Sidicaro 2002) Este modelo de desarrollo requirió un alto grado de movilización antielitista por parte de la clase trabajadora (para disciplinar a los dueños del capital) y, al mismo tiempo, esa misma movilización tenía que mantenerse dentro de los límites que un estado fuerte considera compatible con el desarrollo capitalista. En esta visión, el “Estado populista” era el único agente del desarrollo: una entidad suprema que actuaba simultáneamente como el motor de la acumulación capitalista y garante de su viabilidad social y política mediante la activación y el control de las bases populares de apoyo. Esta tarea hercúlea resultó casi imposible, o sólo era posible en momentos de renta extraordinaria para distribuir, como la que se dio con el alza de los precios de las commodities durante la Segunda Guerra Mundial. Terminada la renta extraordinaria, terminó el equilibrio de esa fórmula.

En definitiva: tanto la teoría de la modernización política como la teoría de la dependencia resultaron en último término defectuosas porque ambas construyeron una definición de populismo basada en un número pequeño de casos históricamente contingentes. El populismo político no es consecuencia de un modelo de desarrollo particular (la industrialización por sustitución de importaciones) (ISI) (Viguera 1993: 61) ni tampoco un fenómeno político que sólo ocurre en los países dependientes (los de la periferia). No existe una conexión esencial entre el populismo y la industrialización o la fuerza de la clase trabajadora o, incluso, con una mayor intervención estatal. Hubo movimientos populistas agrarios, existieron líderes populistas de izquierda y de derecha y también gobiernos populistas neoliberales, que encogieron en lugar de aumentar el Estado.

Las críticas a las teorías económicas y sociológicas del populismo condujeron al replanteamiento radical de las teorías del populismo, lo que ha permitido una rica discusión política y académica que aún está teniendo lugar en Europa, Estados Unidos y América Latina. Cada vez más voces han reclamado el reconocimiento del populismo como un fenómeno político propio no vinculado a un modo particular de desarrollo económico, que se usa para promover una variedad de agendas ideológicas.¹

1 Estas teorías van desde ver el populismo como un fenómeno sociocultural (2014), hasta definirlo como un modo de identificación (Panizza 2005), una práctica movilizatoria (Jansen 2011), una estrategia política (Weyland 2001), un estilo de liderazgo (Freidenberg 2007), o una ideología superficial (Mudde y Rovira Kaltwasser 2012), entre otros.



III. Populismo y Partidos

Si la movilización populista no debe entenderse como una fase predeterminada en un proceso teleológico de modernización ni como el correlato político de un cierto modelo de desarrollo económico, la pregunta sigue siendo ¿qué es el populismo? Dos de las principales respuestas teóricas contemporáneas a esta pregunta son la definición del populismo como “una estrategia política”, basada en las obras de Kurt Weyland, y la teoría discursiva del populismo de Ernesto Laclau. Estas dos definiciones han sido elegidas porque es instructivo ver cómo operan con fundamentos epistemológicos y metodológicos muy diferentes pero que terminan en el mismo punto ciego: ambos construyen una dicotomía entre el populismo como un todo y la política partidaria institucionalizada como un fenómeno más específico, lo que resulta difícil de sostener en el contexto de la política latinoamericana.

El primer paradigma considera al populismo como una estrategia política que se vuelve más prominente en tiempos de crisis de representación. Esta explicación reciente afirma que los movimientos, partidos y líderes populistas surgen cuando los partidos tradicionales se vuelven incapaces de representar adecuadamente los intereses y las preferencias de la ciudadanía. Una crisis de representación puede ocurrir debido a diversas razones tales como la inadecuación de los diseños y regulaciones electorales; la incapacidad de los partidos de percibir o articular lo que la ciudadanía demanda para mejorar las condiciones de vida en un momento determinado e incluso por cambios demográficos, una rápida movilidad social u otros factores que no pueden ser adecuadamente procesados por esos partidos (Weyland 2001; Weyland, Madrid y Hunter 2010). El populismo estaría directamente relacionado con las conmociones internas o externas que conducen al debilitamiento institucional y al desmoronamiento de la representación (Roberts 1999, 2003). La pérdida sistémica de representación se define como una crisis provocada por la incapacidad de los partidos para adaptarse a las nuevas realidades sociales y económicas y en el que los políticos ya no responden adecuadamente a las demandas sociales bajo un conjunto particular de reglas del juego (Paramio 2006: 67).

En una crisis de representación, los partidos tradicionales pierden votos rápidamente porque sus propios votantes se desencantan y se desvinculan de ellos. Esta erosión de las lealtades tradicionales es, al mismo tiempo, causa y efecto de la crisis. Los votantes sienten que sus demandas no son escuchadas. Si las demandas de la ciudadanía no reciben respuesta durante un período de tiempo prolongado, la gente perseguirá a figuras políticas ajenas que prometen castigar a las élites del partido tradicional (‘la partidocracia’ o ‘partitocracia’) que las han traicionado. En tal contexto, los líderes populistas desplegarán un discurso anti-político que promete una refundación radical del sistema político que altera tanto las reglas de la competencia política como la configuración social de las mismas élites.



Desde esta perspectiva, la agenda macroeconómica de un gobierno se vuelve secundaria a los métodos e instrumentos que un líder usa para acumular y desplegar el poder (Vilas 2003). Según Weyland, se puede pensar que el populismo ocurre cuando un líder personalista individual puede obtener el apoyo de una gran masa de la población y se basa en él como la única fuente de legitimidad para su proyecto político. Weyland define el populismo como “una estrategia política mediante la cual un líder personalista busca o ejerce el poder del gobierno basado en el apoyo directo, no mediado, no institucionalizado de un gran número de seguidores en su mayoría no organizados” (Weyland 2001: 14). El carisma es un componente importante del liderazgo populista (Weyland 2001: 13; Freidenberg 2007: 35) porque la autoridad del líder se basa en la profunda convicción popular acerca de su capacidad política sobrenatural y su condición de “salvador” de los otros. Se cree que estos líderes gobiernan en nombre de las personas, con quienes comparten algunas características de “la gente común”. El vínculo particular entre los líderes populistas y sus seguidores se construye de manera descendente, paternalista o plebiscitaria sin la mediación de instituciones u organizaciones formales.

Sin embargo, esta definición de populismo como una estrategia instrumental también puede ser analizada de manera crítica. El primero de estos cuestionamientos puede estar dirigido hacia su reduccionismo: su enfoque exclusivo en el vínculo establecido entre seguidores y líder ofusca la importancia de otras dimensiones. Esto, a su vez, puede hacer que los observadores confundan similitudes superficiales entre casos de identidad conceptual diferente. El excesivo interés en la figura del líder hace que las expectativas, demandas y cultura política de los seguidores sean, en gran medida, invisibles (Freidenberg 2007) y de menor importancia cuando en verdad los seguidores de los movimientos populistas retienen la capacidad de presionar y negociar con los líderes (James 1990; Levitsky 2001). Más aún, este enfoque continúa a grandes rasgos la visión propia de la modernización política que ve a los movimientos populistas como algo enfrentado a la misma posibilidad de partidos políticos fuertes y organizados: esta escuela supone justamente que los líderes por un lado surgen de las crisis de partidos (que los debilitan) y que no tienen ningún interés en invertir recursos en la construcción de organizaciones partidarias, apostando a una relación directa con las masas (a las que piensan como un colectivo).

Aún más relevante para los objetivos de este artículo es que, en segundo lugar, los datos no parecen apoyar la noción de que para el populismo la autoridad siempre es antitética a las mediaciones institucionales. La relación entre los líderes populistas y las instituciones políticas es mucho más complicada de lo que se pensaba y de lo que se ha teorizado en la literatura comparada. Algunos gobiernos populistas crearon instituciones estatales fundamentales en sus respectivos países, algunos de estos arreglos existen incluso hasta el día de



hoy.² Los líderes populistas usualmente crean sus propios partidos tan pronto como alcanzan el poder o inmediatamente antes para usarlos como estructuras de movilización electoral. Aun cuando un número importante de líderes populistas han intentado mantener el control sobre su movimiento, otros han estado explícitamente interesados en fusionar el poder populista con formas institucionales, incluida la creación de partidos políticos. Tal ha sido el caso, por ejemplo, de Víctor Haya de La Torre con el APRA peruano, de Lázaro Cárdenas con el PRI mexicano o de Juan Domingo Perón con el peronismo argentino (Knight 1998).

Junto con el enfoque estratégico del populismo, también se ha desarrollado el llamado enfoque discursivo. La figura principal de esta escuela de pensamiento, Ernesto Laclau³ fue quien otorgó primacía ontológica al discurso, afirmando que “el discurso es el terreno primario de la constitución de la objetividad como tal” (Laclau 2005: 68). Su amplia definición de populismo lo consideraba “no como un tipo de movimiento... sino como una lógica política”; es decir, una cierta dinámica de creación de sentido e identidades políticas (Laclau 2005: 117). Laclau no ve el populismo como una patología antidemocrática, sino más bien como el subproducto inevitable de los procesos de institucionalización política y, por tanto, un subproducto positivo de dicho proceso. Por definición, las instituciones políticas y burocráticas no pueden procesar todas las demandas sociales a la vez porque su modo de funcionamiento estándar es personalizar la demanda para que puedan ser tratadas una a la vez. Sin embargo, bajo ciertas condiciones, las demandas se acumulan en los márgenes del sistema político a tal punto que “se establece una relación equivalente entre ellos” (Laclau 2005: 73).

De ese modo, según Laclau, se crea un movimiento populista cuando las dinámicas impersonales de los procesos de formación de identidad discursiva unifican en una única cadena de significado las demandas de grupos de personas aparentemente dispares con la figura de un líder (esta es la “cadena equivalente”). Este proceso de identificación crea una poderosa identidad política que puede servir como base y legitimación de una praxis

2 Como las instituciones del New Deal norteamericano, las regulaciones laborales y el sistema público de hospitales en Argentina, y muchas de las burocracias nacionales y estatales en Turquía.

3 Laclau fue justamente uno de los primeros defensores de separar el estudio del populismo de la economía y las teorías del desarrollo (1986), al señalar que el populismo no era exclusivo del mundo subdesarrollado sino que había existido en países centrales como el italiano (fascismo y qualunquismo) y los Estados Unidos y Rusia (populismo agrario). Laclau centró su crítica en la división desarrollista entre las sociedades “tradicionales” y “modernas” y en la comprensión determinista del cambio social que, explícita o implícitamente, apuntala el funcionalismo político (2005). Una teoría que atribuye al populismo a una fase predeterminada de evolución histórica y restringe el progreso al crecimiento económico simplemente no puede explicar por qué ha habido gobiernos populistas en países que simplemente nunca tuvieron industrialización con sustitución de importaciones (como por ejemplo en los gobiernos de José María Velasco Ibarra en Ecuador) o por qué los gobiernos populistas a veces persiguen políticas que generan desindustrialización, como fue el caso de Brasil, Perú, Ecuador y Argentina en la década de 1990 (Knight 1998; Roberts 1999).



política transformadora (Laclau 2005; Barros 2014). En el populismo, “el pueblo” es una creación política que es al mismo tiempo causa y efecto de la dicotomización del espacio político en dos campos antagónicos: un “nosotros” (el pueblo), al que se le identifica como el desvalido heroico (Panizza 2005: 3) y un ‘ellos’, que se define como el anti-pueblo, esto es, la élite. En este proceso, el líder *se* convierte (hay un cierto grado de impersonalidad en el proceso) en el símbolo unificador que hace posible la fusión de una identidad política.

El populismo deja así de ser, para Laclau, un “problema” al que hay que superar en el camino hacia una “institucionalización” deseable para ser la principal fuente de innovación democrática en contextos de aparición de nuevas demandas sociales, no atendidas por el sistema administrativo de la política. Esto genera que los populismos, para Laclau, tengan una relación asintótica con su propia institucionalización. Como sostiene Ostiguy, “Para Laclau, el pueblo está, por definición, en el lado opuesto de la frontera antagónica, enfrentando la institucionalidad empoderada y su administración (de demandas). (...) Por definición, este modelo o conceptualización lógicamente implica que no puede haber casos de populismo institucionalmente en el poder” (Ostiguy 2014: 346, traducción de las autoras). Como consecuencia, Laclau llega a una posición que es sorprendentemente similar a la teoría estratégica del populismo, incluso cuando lo hace por un camino diferente. Tanto Weyland como Laclau sostienen que el populismo, ya sea definido como una estrategia política o como una identidad colectiva, solo puede existir en oposición a las formas institucionales de la representación.

Las definiciones del populismo como estrategia o como teoría del discurso no podrían ser más diversas en términos de sus premisas epistemológicas y orientación normativa: Weyland (2001) es mucho más crítico con la movilización populista, mientras que Laclau fue mucho más comprensivo, llegando incluso a equiparar el populismo con la política democrática. Sin embargo, ambas teorías comparten un punto ciego porque ambas no dejan lugar para el negocio contingente de la política cotidiana. Existe manipulación por un lado y atracción impersonal de la equivalencia lógica por el otro. En el caso de Laclau, no se presta atención a la agencia de las “bases sociales” de los populismos y por cual mecanismo ellas eligen creer o no creer en tal o cual liderazgo. Para Weyland, el populismo es una estrategia personal, pero la pregunta sigue siendo por qué ese líder eligió esa estrategia específica en ese momento en particular, o por qué tales estrategias tienen éxito o fracasan. Ambos imaginan una movilización populista (anti sistémica, reactiva y antagónica) contra la institucionalidad política, que se piensa que es programática y está orientada a las reglas. Para ambos, el populismo existe para desafiar las formas establecidas de representación y, como tal, es lo opuesto a los partidos políticos. Es decir, de manera tal vez sorprendente, los principales críticos de la teoría de la modernización política parecen llegar al mismo punto de partida: los populismos son lo opuesto a los partidos políticos y el principal obstáculo



para su consolidación (aún si Weyland piensa que esto está equivocado y Laclau piensa que es una fortaleza de los regímenes movimientistas).

IV. Con líder y con partido: análisis de la relación entre populismo e institucionalización partidaria

A pesar de la riqueza de estos planteamientos, sus premisas teóricas (lógicamente coherentes) simplemente no encajan con la evidencia empírica. Las relaciones y conexiones entre la movilización populista, como quiera que se definan, y los partidos programáticos son mucho más matizadas que los suponía la teoría de la modernización política, la teoría de la dependencia o los enfoques contemporáneos de Weyland y Laclau. Los líderes populistas crean partidos que generan la capacidad de “competir en” y “ganar elecciones” de manera rutinaria, e inclusive luego del retiro o la muerte de su fundador (Mustapic 2002). No es solo que un partido populista pueda transformarse en un partido programático, sino que los partidos programáticos también pueden convertirse en “buques insignia” para los líderes populistas. Además, los populismos han demostrado ser notablemente resistentes una vez que llegan al poder. En la última década y media, los movimientos populistas de izquierda en América del Sur han tenido un éxito notable en términos electorales y han demostrado ser expertos no sólo en el arte de perdurar sino también lograr cambios políticos y sociales sustantivos en sus sistemas políticos.

En Venezuela, Bolivia y Ecuador, los partidos políticos “tradicionales” no fueron capaces de interpretar las demandas de cambio ciudadano, y en Argentina uno de los partidos tradicionales (la UCR) prácticamente desapareció. Los votantes eligieron candidaturas diferentes, al margen de la política de siempre. Los presidentes populistas latinoamericanos que reemplazaron a esos “partidos tradicionales” pudieron reformar las Constituciones de sus países (Hugo Chávez en Venezuela, Rafael Correa en Ecuador o Evo Morales en Bolivia) y aprobar legislación relevante (como la nacionalización del petróleo y el gas en Bolivia, la nacionalización de la compañía petrolera más grande y de los fondos privados de pensiones o la legalización del matrimonio igualitario en Argentina). Estos gobiernos populistas también desplegaron una panoplia de políticas sociales expansivas que, respaldadas por los ingresos provenientes del auge de las exportaciones de productos básicos, redujeron la pobreza e incluso en algunos casos la desigualdad (PNUD 2016).

El gobierno populista más veterano de América del Sur, el chavismo venezolano, llegó al poder en 1998. Ha gobernado Venezuela durante veinte años y continúa haciéndolo incluso después del fallecimiento de Chávez. Aún en su actual estado altamente problemático, el chavismo ha demostrado ser mucho más resistente y con mayor capacidad de adaptación de lo que la mayoría de los observadores hubiera esperado. Ha sido capaz de



reinventarse una y otra vez y ha sorprendido a muchos observadores por su capacidad de sobrevivir frente a los problemas internos y externos (incluidos los de su propia creación) que van desde una caída dramática en el precio del petróleo, enormes problemas económicos, dificultad de contar con liquidez para la redistribución social (necesaria e indispensable para todo populismo), incluidos los déficits en el suministro de alimentos, la muerte inesperada de un líder carismático y la cada vez más creciente presión de la oposición.

Evo Morales ha gobernado Bolivia desde 2005; Rafael Correa fue elegido en noviembre de 2006 y gobernó hasta 2017, siendo reemplazado electoralmente por el sucesor elegido por él, quien en su primer mandato fuera su vicepresidente, Lenin Moreno. Néstor Kirchner y Cristina de Kirchner gobernaron Argentina durante doce años consecutivos, superando la marca tanto de Juan Domingo Perón (1946-1955, 1973-1974) como de Carlos Menem (1989-1999). De hecho, se podría decir que en Argentina se ha demostrado que es mucho más difícil para los no populistas gobernar de manera efectiva, si con eficacia se define a la capacidad de un gobierno de terminar su período constitucional.

Lejos de ser incapaces o poco dispuestos a construir su propia forma de institucionalidad, los movimientos y líderes populistas han demostrado la existencia de una “institucionalidad populista”, denominada también como “institucionalidad sucia” por Ostiguy (2014). Tampoco es el caso que esta capacidad de recuperación se construya siempre o incluso con frecuencia por fuera de los partidos políticos. En América del Sur, la situación suele ser a la inversa: los líderes populistas invierten una cantidad sustancial de recursos y esfuerzos en la construcción de un partido. Si bien Evo Morales es un líder carismático, su ascenso a la presidencia boliviana difícilmente podría ser comprendida sin el papel desempeñado por la gruesa red de movimientos sociales, sindicatos, cocaleros y organizaciones indígenas que impulsaron su candidatura (Sivak 2009; Cyr 2012; Durand Ochoa 2014). El MAS se constituyó en la fuerza dominante en Bolivia. El MAS boliviano ha pasado de ser una red de movimientos sociales antisistémicos a un partido de múltiples vínculos que combina lazos con sindicatos, movimientos, redes clientelistas, burocracias estatales e incluso organizaciones de clase media y empresariales. Finalmente, en el caso del chavismo, la mera supervivencia del gobierno disfuncional de Nicolás Maduro descansa parcialmente en los grupos de base que creó (Velasco 2015).

Por ejemplo, si, de acuerdo con la definición minimalista de Sartori, un partido político es “cualquier grupo político que se presenta en las elecciones, y es capaz de presentarse a través de elecciones, candidatos a un cargo público” (1976: 64), entonces simplemente no hay duda de que el peronismo debe ser considerado como un partido político muy exitoso. El peronismo ha competido en todas las elecciones nacionales en Argentina desde 1946 (a excepción de los dieciocho años en que fue legalmente proscrito, entre 1955 y 1973). Desde 1983 hasta la actualidad, las candidaturas peronistas han ganado la presidencia a través



de los votos en 1989, 1995, 2003, 2007 y 2011. El peronismo ha tenido una mayoría en el Senado desde 1983 y ha controlado la bancada más numerosa de la Cámara Baja del Congreso por la mayor parte del tiempo. Peronistas gobiernan también en la mayoría de las provincias argentinas.

En Ecuador, la Alianza País de Rafael Correa también fue un gigante electoral por más de una década: su partido ganó las elecciones nacionales de 2006, 2009, 2013 y 2017, las elecciones subnacionales de 2014, la Consulta Popular y la elección de la Convención Constituyente de 2007. Logró hacer todo eso coordinando a muchos de los ‘caciques’, es decir, jefes territoriales conectados con las redes clientelistas territoriales, el movimiento indígena (al menos originalmente) y los ‘forajidos’ (como se llamaba a los grupos que protestaron contra el ex presidente Gutiérrez. Si bien en la actualidad la fuerza se ha dividido, PAÍS logró ser el jugador hegemónico del país durante un periodo prolongado en una nación caracterizada por las crisis presidenciales, las “alianzas fantasmas” y la inestabilidad política (Conaghan y De La Torre 2008; Casullo y Freidenberg 2017).

Estas ideas dan cuenta de que es hora de rechazar la noción de que la movilización populista es incompatible con la política partidaria. Como han demostrado De La Torre, Weyland y Ostiguy, el atractivo populista no sólo es compatible con la política partidaria, sino que es un instrumento siempre presente en la “caja de herramientas” de los aspirantes a políticos. Esto no significa que sean lo mismo. Por el contrario, resulta factible señalar diferencias entre ellos. En este análisis se propone distinguir entre partidos populistas y partidos programáticos. Los partidos programáticos son aquellos que “movilizan el apoyo y gobiernan sobre la base de una posición ideológica coherente” (IDEA 2011: 7); suelen tener un conjunto estructurado y estable de posiciones políticas que constituye su programa y el cual es públicamente reconocible y movilizador (que además se plasma en políticas públicas una vez que el partido accede al poder). Sus dirigentes, militantes y votantes conocen esos posicionamientos y poseen cierto grado de coherencia y consenso interno sobre ese programa compartido. En ese sentido, promueven cierto compromiso conjunto respecto a cumplir esas promesas programáticas en caso de que el partido acceda a un cargo electo. El reclutamiento de sus militantes enfatiza la lealtad programática sobre otros incentivos. A diferencia de ellos, los partidos populistas se construyen alrededor de la autoridad y el atractivo de un líder carismático, tienen un programa ideológico mucho más débil y fluctuante, utilizan el clientelismo y el mecenazgo para obtener votos y pueden confiar en un mecanismo personalizado de reclutamiento que se basa principalmente en las conexiones verticales del líder con sus seguidores. Las diferencias entre los partidos programáticos y populistas se pueden resumir en la Tabla 1.



Tabla 1.

	Institucionalización partidaria populista	Institucionalización partidaria programática
Liderazgo	Abierto a <i>outsiders</i> carismáticos	Favorece <i>insiders</i>
Mediaciones	Pocas mediaciones institucionales entre líder y seguidores	La organización media y coordina entre líder y seguidores
Modo de identificación	Antagonista, busca la identificación en un 'nosotros' contra un 'ellos'	Universalista, busca la identificación con una ideología y programa común.
Autonomía relativa de la organización frente al líder	Sin autonomía	Con autonomía
Nivel de sistematicidad organizacional	Sin sistematicidad Organización partidaria informal	Sistematicidad y rutinización de procedimientos partidarios
Repertorio establecido y reconocible de símbolos e ideas	Sin repertorio excepto la exaltación de la figura del líder	Repertorio núcleo de símbolos y narrativas
Estrategias para ganar votos	Clientelismo, patronazgo	Programáticas
Reclutamiento de élites para las candidaturas y oferta electoral	Personalizado, a voluntad del líder ("a dedo") o empleando mecanismos de la organización política que legitimen las decisiones del "único líder".	Procedimientos rutinizados (elecciones internas, consejos internos, criterios meritocráticos)

Fuente: elaboración de las autoras.

En los partidos programáticos, la fuente de los vínculos entre el partido y los seguidores se basa en la lealtad común a la organización y, fundamentalmente, a sus propuestas de programa. En los partidos populistas, sin embargo, las mediaciones organizacionales son débiles y las enunciaciones ideológicas son menos profundas o, muchas veces, ni siquiera existen. En comparación, los partidos populistas se basan en "apelaciones emocionales a símbolos, identificación de grupos o el carisma del candidato" (Kitschelt et al. 2010: 3,



énfasis agregado) y generalmente se forman como el vehículo electoral para un líder o un líder- movimiento (Levitsky y Roberts 2013: 13).

Estas son tipologías ideales que muy raramente existen en forma pura en la realidad. Los partidos políticos, incluso los más institucionalizados, deben combinar su dimensión programática con otros elementos claves del poder como la movilización y viceversa. Sin embargo, en tiempos de agitación social y cambios políticos rápidos, se crean partidos con nuevas identidades políticas mientras que los viejos partidos parecen morir. Tal coyuntura ocurrió en América Latina en la década posterior al cambio de siglo cuando muchos, si no la mayoría, de los sistemas políticos de la región sufrieron un cambio sistémico o enfrentaron serias crisis de representación política.



V. Tres diferencias sustantivas de los partidos populistas con los programáticos

Aun cuando hay partidos populistas y partidos programáticos, el ejercicio de poder en ambos tipos presenta diferencias significativas. No es lo mismo competir por un cargo y ejercer el poder siendo un partido programático que uno de carácter populista. Las diferencias entre ambos pueden pensarse al menos en tres aspectos (Freidenberg 2011). Primero, los líderes populistas incluyen con su discurso (y sus estrategias) a la ciudadanía que no se siente representada y/o que estaba decepcionada con los políticos tradicionales. Esta inclusión discursiva y estratégica permite la incorporación de la “gente común” a las instituciones (Aboy Carlés 2011), lo que suele ser considerada como parte constitutiva de la democracia (Worsley 1970). Por ejemplo, Chávez, Morales y Correa fueron elegidos para cambiar el status quo, y en respuesta a esta demanda buscaron integrar a la gente haciéndolo discursivamente con el fin de “democratizar a la democracia” y creando expectativas respecto a que esos actos redimen sus derechos. La figura del líder simboliza la posibilidad de hacer cumplir los deseos populares o, simplemente, ser un “antidepresivo social” (Dorna 2006). Desde este punto de vista, podría pensarse que un partido populista puede incluso transformarse en un partido programático, si sobrevive en el tiempo lo suficiente para institucionalizarse a sí mismo como la representación elegida y rutinaria de ese sujeto político que es incluido en la representación.

Segundo, mientras buscan la inclusión identitaria de grupos sociales que se sentían excluidos del sistema político o que simplemente creyeron en la capacidad de este nuevo líder de poder cambiar la situación vigente, practican un discurso radical y polarizador en contra de quienes no están de acuerdo con su proyecto político. Es decir, los partidos populistas basan la construcción de la lealtad en un modo de identificación basado en el antagonismo compartido contra un ‘otro’ designado como adversario antes que en la común aceptación de un programa. Por ejemplo, Chávez, Morales o Correa moldearon a la comunidad en

contra de las minorías opositoras e incluso enfrentaron a los medios de comunicación de masas que no seguían sus indicaciones (limitando el ejercicio de los derechos políticos). Los líderes populistas polarizan a partir de la exclusión discursiva de quienes no opinan como ellos, rechazando el pluralismo y agotando la capacidad de control de unas instituciones sobre otras, poniendo en tensión la vigencia del Estado de Derecho.

Finalmente, estos líderes no están solos. Junto al líder populista, hay una ciudadanía populista.⁴ A muchos esta afirmación les molesta. No quieren ver que los votantes eligen tener un vínculo directo y emocional con un líder, al mismo tiempo que desconfían de los demás (de los partidos tradicionales y de las instituciones públicas) para resolver sus problemas cotidianos. No son masas amorfas o irracionales que no entienden lo que están eligiendo. Ellos hacen sus propias evaluaciones en función de sus preferencias, del contexto precario (económico, social o estatal) en el que subsisten e incluso de cómo han aprendido en sus comunidades las prácticas de ejercicio del poder y de relación con los otros actores sociales y políticos. Estos votantes prefieren la representación delegativa antes que la democracia pluralista, que supone la dinámica de la política programática.⁵ Entre otras cosas, porque llegan a compartir un diagnóstico de que la política programática no ha sabido o querido representarlos en momentos de crisis o no les ha dado las respuestas que requieren para satisfacer sus demandas básicas.

Si existe en un momento dado una “demanda de populismo”, esto genera incentivos a entrepreneurs políticos para ocupar ese rol: si se produce una “oferta de populismo”, esto puede retroalimentar la demanda. (Y la interacción de demanda y oferta populista no es algo privativo del subdesarrollo, sino propio de la democracia de masas). Por tanto, la manera en que se ejerce ese liderazgo y las razones que llevan a la ciudadanía a legitimar este modo de inclusión subordinada a la voluntad del líder, que dificulta la convivencia y la autonomía de las instituciones democráticas, son claves para comprender la dinámica política de los partidos populistas. Los conceptos de populista y programáticos no son categorías metafísicas sino puntos de llegada que reflejan procesos de construcción de representación política complejos, en los cuales votantes y líderes políticos responden a diferentes dilemas y estructuras de incentivos en contextos cambiantes.

4 Además, en algunos países de América Latina la ciudadanía política efectiva de las clases populares se ha constituido de la mano de gobiernos populistas, que fueron quienes, por ejemplo, extendieron la franquicia universal electoral, legislaron el voto femenino, o promulgaron leyes de protección de derechos sindicales y sociales.

5 Para una buena discusión de cómo la organización territorial del chavismo se constituyó no sólo como resultado de una “oferta” gubernamental sino también como respuesta a una “demanda” de sectores que se sentían excluidos ver *Barrio Rising. Urban Popular Politics and the Making of Modern Venezuela* de Alejandro Velasco (Velasco 2015).



VI. Conclusiones

Ya sea de manera populista o programática, (casi) todos los partidos tienen la intención de ganar elecciones y maximizar sus beneficios detrás de objetivos similares: aumentar su respectiva cuota de poder (en términos de votos, cargos públicos o escaños legislativos). Unos y otros partidos deben adaptar su organización a las condiciones presentadas por el entorno en el que se encuentra, a las preferencias de los votantes, a las capacidades organizativas y a su historia. Bajo las condiciones de la democracia electoral, los partidos populistas fortalecerán su estructura organizativa interna a fin de obtener los votos para el líder.

En el contexto de una crisis política generalizada que puede incluir el colapso de los partidos políticos establecidos, los movimientos políticos no llegan al poder en el vacío y rara vez modifican completamente el mapa político. Un gobierno populista tendrá que presentar una estrategia electoral para competir en las elecciones o fracasará. Un aspecto que a menudo se pasa por alto es que los nuevos partidos populistas generalmente acaban reclutando funcionarios y líderes de los “viejos” partidos que luego se presentan como “políticos sin partido” (Freidenberg 2007). Cuando el movimiento populista es capaz de institucionalizarse en un partido populista, se produce una reversión paradójica: el antiguo movimiento antisistémico se convierte en el status quo y los antiguos partidos y políticos “establecidos” se transforman en los nuevos rivales.

Cuando un líder populista logra establecer una nueva hegemonía, los partidos de la oposición se reconstruirán a sí mismos y desafiarán el nuevo orden. De manera paralela, puede que se creen nuevos partidos. Los partidos populistas tienen que realizar un difícil acto de equilibrio, sin embargo, porque aunque funcionan mejor cuando están más institucionalizadas, no pueden permitirse perder por completo su ventaja antagónica. Por esta razón, los partidos populistas deben tratar de conservar su “novedad” y frescura al continuar denunciando a la vieja “partidocracia”, incluso si son, de hecho, “el nuevo viejo”.

La pregunta de investigación relevante debe ser reformulada: ya no si el populismo es antitético a los partidos programáticos, sino cuáles son los factores que permiten que un movimiento populista se transforme en un partido populista. Esto no quiere decir que no haya diferencias entre partidos programáticos y populistas, pero estas dos categorías no son dicotómicas, sino que difieren en grado. Un movimiento populista puede hacer la transición a un partido populista y luego a uno programático o, a su vez, un partido programático puede dar lugar a un liderazgo populista. No hay, en suma, nada esencial o fijo sobre la naturaleza de un partido: las elecciones estratégicas hechas para ocupar un lugar u otro en el espectro tendrán que ver con factores internos y externos, las demandas de la sociedad y las posiciones relativas de los otros partidos que compiten en el sistema.



VII. Referencias

- Aboy Carlés, G. 2011. "El populismo entre la ruptura y la integración". II Conferencia Internacional sobre Populismo en América Latina, Praga, 23 de abril. Centro de Estudios Iberoamericanos de la Universidad Metropolitana.
- Altamirano, Carlos. 2001. *Bajo el Signo de las Masas*. Buenos Aires, Ariel.
- Baykan, Toygar. 2016. 'The High-Low Divide in the Turkish Politics and the Populist Appeal of the JDP'. Paper presented at the 2016 APSA. Philadelphia, United States. Annual Meeting, 1-4 September.
- Barros, Sebastián. 2014. 'Momentums, demos y baremos. Lo popular en los análisis del populismo latinoamericano'. *Revista PostData*, vol.19, 2, 315-344.
- Canovan, Margaret. 1999. 'Trust the People! Populism and the two faces of democracy'. *Political Studies*, vol. 47, 1, 2-16.
- Cardoso, Fernando. Henrique. y Faletto, Enzo. 1976. *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Casullo, Maria. Esperanza. y Freidenberg, Flavia. 2017. 'Populist Parties of Latin America: The Cases of Argentina and Ecuador'. Heinisch, R., Holtz-Bacha, C., y Mazzoleni, O. *Political Populism. A Handbook*. Baden Baden: Nomos.
- Cavarozzi, Marcelo. and Casullo, M. Esperanza. 2002. 'Los Partidos Políticos en América Latina Hoy: ¿Consolidación o Crisis?'. En M. Cavarozzi y Abal Medina, J.M. (eds.), *El Asedio a la Política. Los Partidos Latinoamericanos en la Era Neoliberal*, Rosario: Homo Sapiens.
- Conaghan, Catherine. y De La Torre, Carlos. 2008. 'The Permanent Campaign of Rafael Correa: Making Ecuador's Plebiscitary Presidency'. En *The International Journal of Press/Politics*, vol 13, 3, pp. 267 - 284.
- Cyr, Jennifer. 2012. 'El antes y el después del colapso: Los partidos políticos tradicionales en Perú, Venezuela y Bolivia'. Barrero, F, y Jost, S. (eds.) *Instituciones democráticas en América Latina*. Bogotá, Colombia: Universidad Sergio Arboleda and Konrad Adenauer Stiftung.
- De la Torre, Carlos. 2004. 'Un balance crítico a los debates sobre el nuevo populismo'. En *Autores Varios. Releer los populismos*. Quito: Centro Andino de Acción Popular.
- Di Tella, Torcuato. 1965. 'Populismo y reforma en América Latina'. *Desarrollo Económico*, vol. 4, 16, abril-junio, 361-425.
- Dorna, Alexandre. 2006. "Carisma y populismo". En Dorna, A. *Psicología Política*. Caracas: PSICOM Editores.
- Durand Ochoa, Ursula. 2014. *The Political Empowerment of the Cocaleros of Bolivia and Peru*. New York: Palgrave MacMillan.





- Freidenberg, Flavia. 2011. "Los nuevos liderazgos populistas y la democracia en América Latina". *LASA FORUM* vol. XLII, issue 3, 9-11.
- Freidenberg, Flavia. 2007. *La Tentación Populista: una vía al poder en América Latina* Madrid: Síntesis.
- Gherghina, Sergiu., Miscoiu, Sergiu., y Soare, Sorina. 2017. "How far does nationalism go? An overview of populist parties in Central and Eastern Europe". Heinisch, R., Holtz-Bacha, C., y Mazzoleni, O. *Political Populism. A Handbook*. Baden Baden: Nomos.
- Germani, Gino. 1963. 'Los Procesos de Movilización e Integración y el Cambio Social'. *Desarrollo Económico*, 3,3 Oct.-Dec., 403-422.
- Germani, Gino. 1968. *Política y Sociedad en una Época en Transición*. Buenos Aires: Paidós.
- Habermas, Jürgen. 1989. *Between Facts and Norms*. Chicago: University of Chicago Press.
- Hurtado, Osvaldo. 1977/1999. *El poder político en el Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- Ianni, Octavio. 1975. *La formación del Estado populista en América Latina*. México: Era.
- IDEA (International Institute for Democracy and Electoral Assistance). 2011. *Programmatic Parties*. Stockholm: IDEA.
- James, Daniel. 1990. *Resistencia e Integración. El Peronismo y la Clase Trabajadora Argentina. 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Jansen, Robert. 2011. 'Populist Mobilization: A New Theoretical Approach to Populism'. *Sociological Theory*, 29, 2, 75-96.
- Kitschelt, Herbert., Hawkins, Kirk., Luna, Juan. Pablo., Rosas, Guillermo., and Zechmeister, Elizabeth. 2010. *Latin American Party Systems*. Cambridge UK: Cambridge University Press.
- Knight, Alan. 1998. 'Populism and Neo-populism in Latin America, Especially Mexico'. *Journal of Latin American Studies*, vol. 30 (2), 223-248.
- Laclau, Ernesto. 1986. *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. México: Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto. 2005. *On Populist Reason*. London: Verso.
- Lerner, Daniel. 1958. *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*. London: MacMillan.
- Levitsky, Steven. 2001. 'An 'Organised Disorganisation': Informal Organisation and the Persistence of Local Party Structures in Argentine Peronism'. *Journal of Latin American Studies*, vol. 33, 29-65.
- Levitsky, Steven. and Roberts, Kenneth. 2013. *The Resurgence of the Latin American Left*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Linz, Juan.J. (1989) *La quiebra de las democracias*. Madrid: Alianza.

- Lipset, Seymour. Martin. 1960. *Political Man. The Social Bases of Politics*. New York: Doubleday.
- Moffitt, Benjamin. 2016. *The Global Rise of Populism*. Stanford: Stanford University Press.
- Mudde, Cas. 2007. *Radical Right Parties in Europe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mudde, Cas and Rovira Kaltwasser, Cristóbal. 2012. *Populism in Europe and the Americas: Threat or Corrective for Democracy?*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mustapic, Ana .M. 2002. 'Del Partido Peronista al Partido Justicialista. Las transformaciones de un partido carismático'. Cavarozzi M., and Abal Medina (h), J.M, El Asedio a la política. Los partidos políticos de América Latina en la Era Neoliberal (Rosario, Homo Sapiens).
- O'Donnell, Guillermo. 1972. *Modernización y Autoritarismo*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Ostiguy, Pierre. 2014. 'Exceso, representación y fronteras cruzables: 'institucionalidad sucia', o la aporía del populismo en el poder'. Revista PostDATA, vol. 19, 2, 345-375.
- Panizza, Francisco. 2005. 'Introduction: Populism and the Mirror of Democracy'. F. Panizza (ed.) Populism and the Mirror of Democracy. London: Verso.
- PNUD (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo). 2016. *Progreso multidimensional: bienestar más allá del ingreso*. Informe Nacional sobre el Desarrollo Humano en Latinoamérica y el Caribe. Buenos Aires: PNUD.
- Paramio, Ludolfo. 2006. 'Giro a la izquierda y regreso al populismo'. Nueva Sociedad, vol. 205 (septiembre-octubre), 63-74.
- Roberts, Kenneth. 1999. 'El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano'. In Mackinnon, M. y Petrone, M. (eds) Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta (Buenos Aires: Eudeba).
- Roberts, Kenneth. 2003. 'Social Correlates of Party System Demise and Populist Resurgence in Venezuela'. Latin American Politics and Society, vol. 45, 3, 35-57.
- Sartori, Giovanni. 1976. *Parties and Party Systems*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sidicaro, Ricardo. 2002. *Los tres peronismos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sivak, Martin. 2009. *Jefazo. Retrato Íntimo de Evo Morales*. Buenos Aires: Debate.
- Velasco, Alejandro. 2015. *Barrio Rising: Urban Popular Politics and the Making of Modern Venezuela*. California: University of California Press.
- Viguera, Anibal. 1993. 'Populismo y neopopulismo en América Latina'. Revista Mexicana de Sociología, Año LV/3 (julio-septiembre), 49-65.
- Vilas, Carlos. 2003. '¿Populismos reciclados a neopopulismos a secas? El mito del neopopulismo latinoamericano'. Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales, vol. 9, 3, 13-36.



- Ward, Robert. y Rustow, Dankwart (eds.). 1964. *A Political Modernization in Japan and Turkey*. New Haven: Princeton University Press.
- Weyland, Kurt., Madrid, Raul. and Hunter, W. (eds). 2010. *Leftist Governments in Latin America. Successes and Shortcomings*. Cambridge University Press.
- Weyland, Kurt. 2001. 'Clarifying a contested concept: Populism in the study of Latin American politics'. *Comparative Politics*, vol. 34, 1, 1–22.
- Weyland, Kurt. 2013. 'The Threat from the Populist Left', *Journal of Democracy*, vol. 24, 3, 18-32.
- Worsley, Peter. 1970. "El populismo como concepto". En Ionescu, G. y Gellner, E. Eds. *Populismo: sus significados y características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Zanatta, Loris. 2008. 'El populismo, entre religión y política. Sobre las raíces históricas del antiliberalismo en América Latina', *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 19, 2, 29-44.

